

CAPÍTULO III

La agresión.

§ 125. Bajo este epígrafe, tomado en su acepción más lata, pueden incluirse diversos órdenes de hechos, tan numerosos y variados, que no pueden tratarse en un solo capítulo. Me propongo, pues, restringir la aplicación del epígrafe á los hechos que causan daños corporales, hasta el extremo de herir ó de matar, es decir, á los actos destructores.

Aun entre los actos parcial ó totalmente homicidas, hay varios que no entran en la categoría de la agresión, según se entiende comúnmente. Me refiero á los que no implican antagonismo ni conflicto.

El primero es el infanticidio. En toda la tierra, durante las primeras edades, y al presente en diversas partes del mundo, el matar á un niño, lejos de considerarse como un crimen, no se ha considerado como un delito siquiera; á veces se reputa un deber. Tenemos primero el infanticidio impuesto por el deseo de conservar la vida de los adultos: en una tribu expuesta siempre á morir de hambre, la supervivencia de nuevos miembros puede ser fatal para los anteriores. Esa misma

preocupación de los intereses de la tribu es la que induce frecuentemente á matar á las niñas, que, por ser inútiles para la guerra y la caza, consumirían, sin compensación, una parte del sustento común. Existe, además, el infanticidio cometido en un arrebato de cólera, que, entre salvajes y aun entre gentes semicivilizadas, pasa por un hecho de poca cuantía: en las primeras etapas de los pueblos se da por cosa supuesta el derecho de vida y muerte sobre los hijos. Queda, en fin, el sacrificio de niños como ofrenda propiciatoria á los jefes canibales vivos ó muertos. Esta última clase de infanticidio, considerada como un deber, puede comprenderse entre los actos que inspira un sentimiento pro-moral.

Viniendo á los homicidios sancionados socialmente cuyas víctimas son adultos, citemos primero los que se cometen en varios países en los funerales, como los *suttis* de la India hasta estos últimos tiempos. Si se trata de jefes y de reyes, se inmola un número mucho mayor de víctimas. La inmolación de las viudas que deben acompañar á sus maridos al otro mundo, y la de los criados destinados á servirles (á veces también de amigos), son formas de hecatombes en globo, corrientes durante mucho tiempo en diversos países y practicadas aún en varias partes de Africa. Hay que añadir á estos ejemplos sacrificios como los que se ofrecen comúnmente en Dahomey, donde se mata á un hombre para que su espíritu pueda llevar un mensaje del rey á un antepasado difunto. Los homicidios de esta clase poseen también una especie de sanción pro-moral, porque los inspira el respeto de la costumbre y el deber de la fidelidad.

Tenemos, por último, los homicidios debidos á creencias que se reputan religiosas. Los sacrificios de

víctimas á divinidades, con ó sin el pretexto de ofrecerles como alimento la carne humana, imperaron antiguamente en razas diversas, como los fenicios, los escitas, los griegos, los romanos, los asirios, los hebreos, etc. En algunos países llegaron á los mayores extremos, como en Méjico, cuando se degollaban todos los años en los altares millares de víctimas humanas, y se hacían guerras declarando que los dioses tenían hambre. A estos homicidios religiosos, que en las primeras edades proveían á los supuestos apetitos de los dioses, hay que agregar los homicidios religiosos cometidos, en época relativamente moderna, así por protestantes como por católicos, con la mira de aplacar la cólera de Dios contra los réprobos.

Dentro de la teoría que basa la justicia de los actos en el cumplimiento de las órdenes divinas, esos homicidios religiosos, como varios de los que acaban de describirse, obedecían á uno de los motivos que nosotros llamamos pro-morales.

§ 126. De esas agresiones, que toman la forma de homicidios, pero sin ser consecuencias de antagonismos entre tribus ó personas, pasamos á las agresiones que reconocen por causa la sed de sangre, unida ó no á enemistades de personas ó de tribus.

Empezaré por recordar un ejemplo, ya citado por mí en otro punto: el de los indígenas de Viti, que miraban el asesinato como una cosa honrosa. Darían tentaciones de negar crédito á semejante afirmación, si no la confirmasen hechos análogos observados en otros pueblos. Livingstone dice (1):

«Un buchmano, sentado al amor de la lumbre, contaba sus primeras aventuras, en cuyo número

(1) Livingstone, *Missionary Travels and Researches*, 1857, pág. 159.

figuraba la muerte de otros cinco buchmanos. «Había (explicaba, contando por los dedos) dos mujeres, un hombre y dos niños.—¡Ah, tunante! ¡Y te atreves á alabarte de haber matado mujeres y niños de tu propia nación! ¿Qué dirá Dios cuando comparezcas delante de él?—Dirá que yo era un mozo listo.» Advertí que, aunque empleaba la palabra que usan los bacuaños para hablar de la divinidad, él no tenía más idea de esta última que la de un jefe, y pensaba en Sekomi.»

Wilson y Felkin (1), en su descripción de Uganda, pintan un estado de cosas y un género de sentimientos más asombrosos aún. He aquí, verbigracia, un incidente característico:

«Un joven paje de Mtesa (rey de Uganda), hijo de un jefe subalterno, me traía frecuentes mensajes de palacio. Una mañana vino á contarme muy alegre que acababa de matar á su padre. Pregunté la razón, y me dijo que estaba cansado de no ser más que un servidor, y deseaba hacerse jefe. Se lo había manifestado así á Mtesa; el rey le contestó: «Pues mata á tu padre, y serás jefe», y el mozo lo hizo.»

Infinidad de ejemplos prueban que en los pueblos que llevan una vida de agresión, destruir es una virtud y ser hombre pacífico un vicio.

«El nombre de «harami» (bandido) es todavía un título de honor para los beduinos del Hedjaz (*)... Al contrario, se llama «fatis» (carroña, el *corps crevé* de los

(1) Wilson and Felkin: *Uganda and the Egyptian Soudan*, 1882, I, 224.

(*) Excusado es advertir que esa ortografía, usual entre nosotros, es francesa, y, por consiguiente, que la *d* y la *j* deben pronunciarse unidas como en francés, ó de un modo parecido á la *y* fuerte de los andaluces. Y valga la advertencia para todos los nombres geográficos ó etnográficos en que se repita esa escritura.—(N. DEL T.)

kleftes) al que tiene la suerte, como nosotros diríamos, de morir en su cama. Su madre exclamará deshecha en llanto: «¡Oh! ¡Que mi hijo no haya muerto como un bandido!» Y las viejas que la acompañan le insinuarán respetuosamente que tal desdicha es obra de la voluntad de Alah (1).»

El ejemplo de los kukis demuestra claramente la intensidad que puede adquirir la creencia en la virtud del asesinato. Su paraíso «es la herencia del hombre que ha matado más enemigos durante su vida; sus víctimas le sirven en calidad de esclavos (2)».

A esa supuesta aprobación divina del asesinato cabe añadir la que en otras circunstancias manifiesta la sociedad misma. Entre los pazanes (3), una de las tribus de la frontera Noroeste del Pendjab, «apenas si existe un hombre cuyas manos no estén manchadas», y «todos enumeran sus muertes». En momentos de desenfreno social, fácilmente surge un sentimiento de ese linaje, como en California durante la fiebre del oro. Los asesinos «marcaban el número de sus víctimas en las culatas de sus pistolas ó en los mangos de sus cuchillos.»

§ 127. Si de la creencia implícita ó expresa en lo honroso del homicidio particular, creencia que reina aún entre algunos salvajes, pasamos á la que mira como honroso el homicidio público y en masa para vengar agravios reales ó supuestos entre tribus ó naciones, los antiguos anales de los pueblos bárbaros ó semicivilizados nos ofrecen abundantes ejemplos.

Los encontramos por el pronto entre los dioses de

(1) Burton: *Narrative of a Pilgrimage to El Medinat and Mecca*, 1855, III, 66, 7.

(2) Rowney, *Wild Tribes of India*, 1882, pág. 187.

(3) Sir R. Temple: *Report on the North Western Frontier of Punjab*. Lahora, 1865, pág. 63.

los antiguos indos. El *Rig Veda* elogia á Indra, el guerrero devastador. Agni nació también para ser «el matador de los enemigos y el destructor de las ciudades». Los guerreros del *Rig Veda* y del *Mahabharata*, émulos de sus dioses, se vanaglorian de sus victorias. El héroe, ofreciendo á Indra copiosas libaciones, le dirige esta súplica: «Danos las riquezas del que mataste. Entrérganos la casa del que es difícil de vencer.» A estas súplicas, comunes á todos los pueblos guerreros, pueden añadirse los pasajes del *Mahabharata*, que recomiendan actos atroces.

«Un hombre debe procurar inspirar confianza á su enemigo, y herirle en la ocasión propicia, cuando se le resbala el pie.

»Un hombre no alcanza nunca la verdadera prosperidad, si no atraviesa á su enemigo hasta los tuétanos, si no hace alguna cosa terrible, si no hiere como quien mata á un pez.

»Si un hijo, un hermano, un padre ó un amigo son un obstáculo para vuestros intereses, matadlos (1).»

De esos primitivos arios pasemos á los antiguos semitas. Sus anales nos los presentan más convencidos aún del mérito de esos actos sanguinarios. Los reyes asirios (2) se vanaglorian relatando en inscripciones matanzas en masa y las más salvajes crueldades. Senaquerib, llevando su carro al través de los «profundos charcos de sangre», se enorgullecía de que «las ruedas se atascasen en la sangre y la carne». «Yo he arrancado la lengua á los vencidos (dice Sardanápalo), los he descuartizado, y he arrojado sus miembros como

(1) *Rig Veda*: I, 84; VII, 6, 2; VII, 32, 7.—*Mahabharata*, XII, 5290; V, 5617.

(2) *Records of the Past*, I, 49, 78; V, 9; idem, *New Series* II 137, 143, 153; IV, 61.

pasto á los perros, á los osos, á las águilas, á los buitres, á las aves del cielo.» Tiglat-Falasar, refiriendo la matanza de los muskayenses, dice que «sus osamentas cubrían los valles y las cimas de los montes». En una inscripción de Assur-Natsir-pal se leen estas palabras: «Soy un arma que no perdona. He degollado á los nobles rebeldes, y he cubierto con sus pieles una pirámide.» «He quemado en holocausto á los jóvenes y á las jóvenes.» Y Salmanasar II dice, hablando de sus enemigos: «He teñido las montañas con su sangre como quien tiñe lana.» Esos reyes se prometían sin duda que la posteridad admirase tan despiadadas matanzas: prueba de que las creían legítimas. No cabe concebir, en efecto, que tuviesen el propósito de deshonorarse por toda una eternidad.

Dejando aparte la multitud de ejemplos que podría suministrarnos la historia de los egipcios, de los persas, de los griegos, de los macedonios y romanos, en los pueblos de la Europa septentrional encontramos huellas de ideas y sentimientos semejantes. Los galos de los primeros tiempos galopaban con las cabezas de los enemigos colgadas de las sillas. Después las ponían en estacas ó las guardaban en arcas (1). Según César, «los suevos y los germanos se alababan sobre todo de que á una gran distancia de sus territorios permaneciesen desiertas las tierras».

El hecho de que los escandinavos se figurasen el paraíso como un lugar de diarios combates, dice de sobra hasta qué punto dominaba entonces la creencia en la virtud de una agresión afortunada. Sería ocioso recordar que en la Edad Media la agresión afortunada se miraba como lo único valioso en la vida. La historia

(1) César: *Commentarii de Bello Gallico*, IV, 2; VI, 21.

apenas es más que un registro de las causas criminales de las naciones, donde se relatan los desafueros políticos y sus consecuencias. El tema universal de sus páginas son «las armas y los guerreros». El medio mejor de demostrar el sentimiento que ha prevalecido hasta épocas relativamente recientes, es citar las divisas de las familias nobles. Véanse algunas de la aristocracia inglesa. Los condes de Rosslyn: «¡Combate!»; los barones Hawke: «¡Hierre!»; los condes de Sefton: «Venecer es vivir»; los marqueses de Devonshire: «Venceré por Dios y mi espada»; los condes de Carysford: «Esta mano es enemiga»; los condes Magawley: «La mano roja en la victoria»; los duques de Athole: «Adelante, Fortuna, y prepara cadenas.»

El comentario poético de la divisa de los Middleton expresa perfectamente el espíritu general:

«Con mi escudo, mi espada y mi lanza, soy señor de los países del contorno. Quien no sepa llamar al hierro en su defensa, debe inclinarse ante mi escudo: tiene que abandonar su tierra y sus viñas, porque todo lo que posee un cobarde me pertenece.»

Las divisas expresan los sentimientos que se reputaban más honrosos y suponen en los demás sentimientos análogos; las citadas, pues, implican la sanción social que se otorgaba á las inclinaciones agresivas. Se entendía que el mismo Dios aprobaba la vida guerrera, como lo denotan las ceremonias religiosas que acompañaban al ingreso en la caballería. Aun la guerra declarada sin provocación se apoyaba en un sentimiento pro-moral.

En el fondo, lo mismo sucede en nuestros días. A cada instante se trasluce el antiguo espíritu, apenas disimulado bajo el respeto convencional á la religión profesada. Un himno religioso no excita el entusiasmo

que el «canto del intrépido escandinavo», y todo el auditorio se enorgullece con las proezas de los «lobos del mar» que conquistaron la Normandía, sobre todo con el verso: «¡A nuestros padres nunca olvidaremos!» No hay lectura más popular que la de los relatos de batallas, y se da el sobrenombre de «Grande» á Alejandro, á Carlos, á Pedro de Rusia, á Federico de Prusia, á Napoleón, á pesar de todas las atrocidades que cometieron. A veces hasta se expresa ese sentimiento sin ambages. Lord Wolseley (1) dice, hablando del soldado: «Debe entender que las obligaciones de su profesión son las más nobles que pueden caer en suerte á un hombre. Debe aprender á desdeñar todas las de la vida civil.» Y no se piensa sólo en los deberes del soldado como defensor de la patria—deberes que en nuestros días nunca tiene que cumplir—sino de sus «deberes» como invasor de otros países, y sobre todo de los pueblos más débiles: las inclinaciones agresivas transforman la bajeza en nobleza. Cuando la epopeya india nos presenta al dios Indra vencedor de una mujer, nos asombra que el poeta encomie un triunfo tan cobarde. Cuando vemos á Ramsés en los muros de Karnak, bajo la forma de un gigante que sujeta por los cabellos á media docena de enanos, y que de un solo tajo corta con la espada todas aquellas cabezas, nos maravilla que confiase á la pintura la glorificación de ese triunfo, tan fácil, del fuerte sobre el débil. Pero también nosotros, con nuestras armas de precisión, con nuestras bombas, con nuestros cohetes de guerra, con nuestros cañones de largo alcance, ametrallamos pueblos casi inermes, y cuando conseguimos una victoria tan sencilla como la de un hombre sobre un niño, ¡todos nuestros perió-

(1) General Wolseley: *The soldier's Pocket Book*, pág. 5.

dicos aplauden, y se colma de títulos y recompensas á los jefes de la expedición! ¡Se declaran «nobles», los «deberes» que así cumple el soldado, y, en oposición con ellos, se desprecian los del ciudadano pacífico!

No cabe duda, pues: el sentimiento que se complace en la superioridad personal, y que predispone á ponerse á las órdenes de una autoridad voluntariamente aceptada para matar supuestos enemigos, sin preocuparse de si hay razón legítima para tanto, ese sentimiento impera aún. Su sanción social y su sanción interna en el individuo constituyen un sentimiento pro-moral, soberano en las relaciones internacionales.

§ 128. La moral de la enemistad, que nada suavizaba en las tribus salvajes, sobre todo entre los caníbales, se dulcificó más ó menos en las antiguas sociedades semicivilizadas. Aunque predominante aún durante la evolución de las sociedades civilizadas, se ha atenuado progresivamente bajo el influjo de la moral de la amistad, á medida que la vida social interior educaba á los hombres en la cooperación pacífica: la relativa prosperidad de las naciones se debe en parte á su poder de conquista, y en parte al grado en que han sabido reprimir las tendencias agresivas de sus miembros en las relaciones diarias.

En los pueblos que han producido una literatura, descubrimos en época relativamente lejana la aparición de una moral de la amistad frente á una moral de la enemistad. Claro es que las máximas que la expresan, saliendo como salen de labios de poetas y de sabios, no pueden tomarse como tipo de las creencias corrientes; del propio modo que no se podría formar idea de las creencias predominantes hoy por el consejo, que tan frecuentemente repiten los sacerdotes, de perdonar á nuestros enemigos. Pero es un hecho significativo el

que en las primitivas sociedades se manifiesten á veces sentimientos altruistas, después de largos períodos de una vida de relativa paz. Es interesante advertir cómo, en pos del egoísmo completo de las actividades antagónicas, una violenta reacción lleva á predicar un absoluto desinterés. Al paso que las partes más antiguas de la inmensa compilación que constituye el *Mahabharata* expresan un sentimiento sanguinario, las más recientes formulan la condenación de las guerras inútiles. Se dice en ellas que combatir es el peor camino para ganar victorias, y que un rey debe extender sus conquistas sin luchar, y hasta se censura todo acto agresivo en términos más enérgicos.

«Trata á los demás como quisieras ser tratado. No hagas á tu prójimo lo que no quisieras que te hiciese. La regla de tus acciones debe ser mirar al prójimo con los mismos ojos que á ti.»

En los escritos de un moralista indio que, según sir William Jones, vivió en el siglo III antes de Jesucristo, leemos la siguiente sentencia:

«Un hombre virtuoso no piensa más que en hacer bien á su enemigo; ni aun en el momento de matarle éste, siente hostilidad hacia él (1).»

Por lo que hace á los persas, hallamos en las obras de Sadi este precepto: «Demostrad afecto hasta á vuestros enemigos. He oído decir que los hombres que practican la verdadera fe de Dios, jamás causan un sentimiento á sus enemigos (2).» Igual doctrina en China, donde Lao-tse escribe:

«La aspiración más alta es la paz... Quienquiera que se goce en la destrucción de la vida humana es

(1) *Mahab.*, XIII, 5571, en Williams (Monier), *Indian Wisdom*, 1875, y sir William Jones, *Works*, 1807, III, 242.

(2) Sadi: *The Gulistan*, I, estrofa 33; II, estrofa 4.

indigno de que se le confie la autoridad en este mundo. El que sirva de instrumento para matar gente, debe derramar lágrimas amargas sobre sus víctimas.»

Y Confucio dice: «¿Por qué recurrir á la matanza en vuestro gobierno? *Demostrad* que queréis el bien, y el pueblo será bueno.» Meng-tseu opinaba que estaba reservado el realizar la unidad del imperio al que no tuviese ninguna propensión homicida. Se expresaba así con respecto á los espíritus belicosos:

«Cuando se disputan un territorio con las armas en la mano, matan hasta cubrir la tierra de cadáveres. Luchan por la posesión de una ciudad, y la llenan de cadáveres... Para castigar semejante crimen, no basta la muerte (1).»

A pesar de lo primitivo de su época, Meng-tseu abrigaba evidentemente sentimientos más elevados que los de «los bárbaros occidentales» de la época actual. De seguro hubiese aplicado á la guerra de conquista ese epíteto de «colmo de todas las ignominias», con que se ha estigmatizado la esclavitud.

En los párrafos 437 y 573 de los *Principios de Sociología*, hemos citado el ejemplo de tribus sin espíritu de agresión, lo mismo en las relaciones exteriores que en su vida interna; en esas tribus, los crímenes acompañados de violencia son tan raros, que apenas hace falta ninguna coerción. A esos ejemplos pueden añadirse otros. Así, los indígenas de Sumatra (2), pueblo sencillo rechazado hacia el interior por los malayos, son, al decir de Marsden, «dulces, pacíficos y

(1) Lao-tse: *El Tao-te-king*, XXXI.—Confucio: *The Analects* (en Legge, *Chinese Classics*, vol. I), XII, 19.—Meng-tseu (*The Works of Mencius*, en Legge, *Chinese Classics*, vol. II), lib. I, parte primera, cap. VI.—Idem: IV, I, 14.

(2) W. Marsden: *The History of Sumatra*, 1783, pág. 173.

sufridos», es decir, gente que no tiene nada de agresiva. Asimismo los tharus (1), que habitan, al pie del Himalaya, una lejana zona de bosque donde encuentran refugio contra el invasor, pasan por ser una «raza pacífica y de buenas inclinaciones». Autoridades diversas nos ofrecen aún un testimonio muy relevante á propósito de los iroqueses. Morgan (2), en la *Liga de los iroqueses*, se expresa así:

«Los iroqueses se alababan de que el objeto principal de su confederación era mantener la paz, y romper con el espíritu guerrero que había diezmando de continuo la raza roja.»

El mismo escritor nos muestra claramente cuál había sido el resultado de esas ideas:

«Bajo el imperio de tal sistema, eran tan raros los crímenes y delitos, que apenas podía decirse que los iroqueses tuviesen un código penal.»

Pero lo que aquí importa advertir sobre todo, es que, durante los estados de hostilidad en que es cosa corriente la agresión, ésta adquiere una sanción social y en ciertos casos divina: tiene por punto de apoyo un sentimiento pro-moral. A la inversa, en los casos citados se reprueba el espíritu de agresión, espíritu que repugna á un sentimiento moral digno de este nombre.

No ocurría otra cosa entre los hebreos. Luego que su cautiverio puso fin á los antagonismos crónicos de su período nómada, y cuando las guerras de conquista terminaron en un estado de relativa paz, empezó á acentuarse la expresión de los sentimientos altruistas. En el *Levítico* aparece ese principio que se ha solido considerar como puramente cristiano: «Amarás á tu

(1) Nesfield, en *Calcutta Review*, 1884, LXXX, 41.

(2) Morgan: *League of the Iroquois*, Roch. Estados Unidos, 1851, pág. 92, 330.

prójimo como á ti mismo», aunque, á lo que parece, sólo con aplicación «á los hijos de Israel». Más adelante, los esenios, el Cristo y sus Apóstoles, extendieron la moral de la amistad á los mismos enemigos y hasta el extremo de recomendar la presentación de la mejilla al que nos maltrata.

§ 129. ¿A qué inducción general conducen los grupos de hechos precedentes? La experiencia, considerada en su conjunto, revela, como debía esperarse, que mientras existen conflictos graves y constantes entre tribus ó naciones, predominan las ideas y sentimientos de la moral de la enemistad, sofocando las ideas y sentimientos de la moral de la amistad, propios de la vida interna de las sociedades, y multiplicando las agresiones en las relaciones de unos hombres con otros.

Las diversas especies de homicidio, antes notadas—el infanticidio, el canibalismo, las hecatombes funerarias y los sacrificios á los dioses—caracterizan á las sociedades en donde impera habitualmente el estado de guerra. La acometividad inveterada de los indígenas de Viti (1), esos feroces antropófagos, prontos siempre á exponer su vida, se explica por su concepción del otro mundo, donde los dioses «se hacen la guerra, se matan y se comen los unos á los otros», y llevan nombres tales como «el matador», «empapado en la sangre de la matanza, etc.»; donde un jefe que acaba de morir se alaba «de haber destruido muchas ciudades y matado muchos hombres»; donde, finalmente, «los que no mataron nunca un enemigo», sufren «el castigo más degradante». Los buchmanos, que se jactan del asesinato, pasan la vida en perpetua lucha con los

(1) Erskine: *Journal of a Cruise in the Western Pacific*, 1853, pág. 247, y Williams: *Fiji and the Fijians*, I, 218, 246, 247.

hombres ó los animales, siendo siempre agresores y agredidos. Los beduinos, á su vez, cometen agresiones continuas, y no juzgan honrosa más que la muerte hallada en el combate. En fin, los uaganda, cuyo rey sugiere á su paje el parricidio que éste perpetra tan satisfecho, son soldados, «cuyo bélico espíritu imprime carácter á toda su vida y á su gobierno todo (1)».

Si de estos casos extremos pasamos á las sociedades en vías de desarrollo, vemos decrecer el espíritu agresivo en la vida exterior, y paralelamente en la interior. Durante el periodo merovingio, á la vez con la guerra en estado crónico, hasta de ciudad á ciudad, existía una violencia perpetua en las relaciones entre los individuos. Los reyes asesinaban á las reinas; los soberanos recibían muerte de sus hijos; los príncipes asesinaban á sus hermanos: la crueldad y la efusión de sangre estaban por doquiera á la orden del día. En la época siguiente, las victorias de Carlomagno fueron acompañadas de toda clase de atrocidades (2). Hizo decapitar á cuatro mil sajones en un sólo día, y condenó á muerte á los que se negaron á bautizarse ó á los que habían comido carne durante la cuaresma. En la época feudal, á las continuas luchas entre naciones se juntaban las perdurables luchas entre los nobles. Los cronistas no refieren, por decirlo así, más que crímenes, y pasan por alto las muertes de siervos á manos de caballeros como cosa sin trascendencia. Pero el curso del tiempo y la consolidación de los reinos restringió el estado de guerra, y ocuparon mayor puesto en la vida humana la actividad industrial y la cooperación inte-

(1) Wilson y Felquin: *Uganda and the Egyptian Soudan*, I, 201.

(2) Hallam: *Europe during the Middle Ages*, edición 1869, pág. 16.

rior consiguiente. Se acabó por censurar las formas más brutales del espíritu de agresión, y por aprobar en cambio toda conducta inspirada en el respeto al prójimo. Y aunque los tiempos modernos han sido testigos de grandes guerras, las actividades belicosas no han tenido ya el mismo predominio que en las épocas pasadas, ni se han refrenado tan universalmente los sentimientos que corresponden á una actividad pacífica. Como hemos visto en otra parte (*Principios de Sociología*, § 573), la brutalidad en las relaciones de unos ciudadanos con otros se ha recrudecido á veces con la renovación de las guerras, y ha disminuido con su terminación, produciéndose al paso modificaciones concomitantes en la norma moral.